

SANTOS FAUSTO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

Día 13 de octubre

P. Juan Croisset, S.J.

El odio con que la ciega gentilidad miraba á la religión de Jesucristo hizo que los paganos, celosos de sus necias supersticiones, persiguiesen á los cristianos con la mayor crueldad. Poseídos de esta idea, no satisfechos con perseguirlos de muerte en la capital de Roma, lo hacían en todas las provincias de sus dominios, para lo cual despachaban á todas ellas presidentes ó gobernadores de condición brutal, con orden de extinguir, si pudiesen, el nombre cristiano. Cupo entre estos ministros crueles enviados á España, á la provincia de Andalucía, un Eugenio más verdugo que juez, encaprichado como el que más en sostener á sangre y fuego la idolatría; quien, luego que llegó á Córdoba, hizo publicar los edictos acostumbrados por los que se ordenaba á todos los cristianos sacrificasen á los dioses romanos, so pena de padecer los más crueles tormentos.

Hallábanse á la sazón en Córdoba Fausto, Jenaro y Marcial, á quienes varios escritores nacionales hacen hermanos, hijos de San Marcelo, centurión, ilustre mártir de Jesucristo, de cuya cuestión controvertida prescindimos, por ser poco importante para el mérito de sus gloriosos triunfos. Habiendo sido educados estos tres Santos en las infalibles verdades de la religión cristiana, no menos celosos del verdadero Dios que Eugenio del de sus ídolos; condolidos de la tiranía con que trataba á los cristianos, y mucho más sentidos de las injurias con que ofendía á la Majestad divina, se presentaron al bárbaro presidente y, con el valor y generosidad propia de los esforzados militares de Jesucristo, le dijeron: *¿ Qué es lo*

que haces ó piensas, Eugenio? ¿Por qué persigues á los siervos de Dios, en lugar de creer lo que ellos creen? Sorprendido el tirano con esta resolución, que graduó por la mayor osadía, les preguntó: ¿Quién sois vosotros, desventurados, que así os atrevéis á hablar?—Nosotros, respondió Fausto por todos, somos cristianos de profesión que reconocemos á un Dios verdadero, por quien tuvieron ser todas las criaturas.

Acalorado el gobernador al oír este razonamiento, dijo á los Santos: *¿Qué arresto ó desesperación os trae á despeñaros á vuestra perdición?— Tú eres el desesperado, replicó Fausto, pues teniendo en mal el nombre de cristianos, estás en estado de que éstos te pregunten qué negocios traes con los inocentes que en nada te han ofendido reconociendo á Jesucristo por su Señor.*

Sintió Eugenio la generosa libertad con que le reprendió Fausto, y, queriendo vengarse, mandó á los verdugos que le pusieran en un potro para castigar con horribles tormentos la falta de respeto que tuvo á su autoridad. Entonces habló á Fausto Jenaro á presencia del mismo perseguidor en estos términos: *Tú padeces por todos nosotros, siendo así que no tienes otra culpa que la que todos hemos cometido; á lo que aquél respondió: Nosotros hemos estado siempre unidos sobre la Tierra: creed que también lo estaremos en el Cielo.* Oyendo Eugenio estos y otros razonamientos dirigidos á manifestar el ardiente deseo que todos tres tenían de padecer por amor del Señor, les dijo: *Sé muy bien que estáis unidos en la impiedad y que habéis concertado entre vosotros lo que habéis venido á decirme: volved sobre vosotros, y cesad de blasfemar llamando Dios al que no lo es.—Muy mal persuadido estás, le replicó Jenaro, en llamar impiedad á nuestra uniformidad, pues nunca hemos tenido mayor acierto que confesando á*

Jesucristo por verdadero Dios á presencia de su enemigo. Por lo que fue puesto en un potro como Fausto, haciendo lo mismo con Marcial, puesto que se mantuvo constante en igual confesión.

Volvió el tirano á tentar á Fausto para reducirle, á fuerza de crueldades, á que sacrificase á los dioses imperiales; pero viéndole alegre en medio de los tormentos, en los que tuvo la valentía para con el juez de decirle que le miraba como á hijo del diablo, siendo idólatra y adorador de los demonios, ofendido de estas expresiones Eugenio, mandó á los verdugos que le cortasen las orejas, las narices, las cejas , el labio inferior y le arrancasen los dientes de la encía superior; en cuya disposición no cesó el Santo de alabar y dar gracias á Dios.

Pareció á Eugenio que intimidaría á Jenaro viendo aquel espectáculo digno de la mayor compasión, y con esta idea le habló en estos términos: *Ya ves el estrago de Fausto, á que ha dado motivo su desobediencia y obstinación; ten lástima de ti y no des lugar á que contigo se ejecute igual crueldad.—Estás engañado,* respondió Jenaro, *creyendo á Fausto obstinado, porque sostiene con constancia la verdadera religión: jamás romperé yo los lazos de la caridad que me unen con él; ninguno habrá que nos pueda separar de la confesión del verdadero Dios, por cuyo amor estamos resueltos á padecer cuantos tormentos puedas discurrir.* Confesión por la cual ordenó el tirano que se le tratase como á Fausto.

Quiso valerse Eugenio del ejemplo de ambos, para amedrentar al joven Marcial, á quien reconvino que no diese lugar á incurrir en la misma pena que sus compañeros; pero el Santo respondió: *Mi mayor dicha consiste en ser participante de lo que en ellos te asombra; lo que á mi me sirve de gran consuelo;* por lo

que mandó el tirano sufriese igual castigo que Fausto y Jenaro; y, reconociendo que en vano se cansaba en persuadirlos, porque al compás de los tormentos crecían en los ilustres confesores el valor y las alabanzas á Jesucristo, desesperado de poder rendirlos, mandó que los quemasen vivos en un voraz incendio.

Cuando los verdugos conducían al suplicio á los ilustres mártires, animados todos tres de un mismo espíritu, hablaron á los cristianos á una voz así: *Vosotros, carísimos fieles en Cristo, no queráis creer en este inicuo diablo; conoced que habéis sido hechos á la imagen y semejanza de Dios, y por lo mismo adoradle y bendecidle como á autor de vosotros y de todas las criaturas.* Concluido este discurso, arrojados á las llamas, consumaron en ellas el sacrificio de sus vidas en el día 18 de Octubre del año 303.

No consumió el fuego los venerables cuerpos, de suerte que no quedasen de ellos algunos huesos, los cuales depositaron los fieles, por entonces, en un lugar oculto, donde después que gozó paz la Iglesia edificaron un templo en honor de los Santos, del que hace memoria San Eulogio, con el título de los Tres Mártires, cuyo culto fue célebre en tiempo de los godos, bien que esta iglesia tomó en lo sucesivo el título de San Pedro, porque en el día del Santo Apóstol recuperó á Córdoba de los moros el Santo rey D. Fernando III [su cuerpo esta incorrupto en la catedral de Sevilla]; en la cual se mantuvieron incógnitas las reliquias de estos y otros ilustres mártires, habiéndolas ocultado los fieles en un sepulcro de piedra, en la irrupción de los árabes [sarracenos], por temor de que no cayese tan precioso tesoro en manos de los bárbaros. Así se mantuvieron por espacio de quinientos años, hasta el de 1569, en que se dignó el Señor providenciar su invención en el día 21 de Noviembre, siendo Obispo de Córdoba D. Fr. Bernardo de Fresneda,

quien, hecha la correspondiente justificación acerca de la identidad de aquellas reliquias, decretó su veneración. Sobre lo que habiendo consultado al Papa Gregorio XII con el proceso formado en el particular, cometió Su Santidad el conocimiento de la causa al Concilio provincial que se celebró en Toledo en el de 1583, el que aprobó la determinación del Ilmo. Fresneda, y mandó que se colocasen en un lugar decente, conforme pareciese al Obispo de Córdoba. En virtud de lo cual D. Antonio Pazos, que lo era á la sazón, dispuso adornar la capilla donde se habían de depositar, é hizo un tabernáculo de jaspe, en el que se puso el arca de las reliquias sobre el altar mayor, cuya colocación se hizo el 20 de Noviembre del año de 1584; bien que el aniversario de ésta se celebra todos los años en el día 18 del mismo mes.

SAN EDUARDO, REY Y CONFESOR

San Eduardo, rey de Inglaterra, tercero de este nombre, llamado el Confesor ó el Piadoso, cuya santidad añadió tanto esplendor á la majestad del trono, nació al mundo hacia el principio del siglo xi. Fue sobrino de un Santo Rey Mártir, y de su mismo nombre; hijo de Ethelredo y de Ema, hija de Ricardo, duque de Normandía. Por una singular y bien extraordinaria elección de la divina Providencia fue jurado rey de Inglaterra, estando aún en el vientre de su madre, en perjuicio del príncipe Edmundo, su medio hermano, primogénito del primer matrimonio, y de su hermano entero el príncipe Alfredo, que también lo era del segundo. Juntos en Cortes todos los Estados del reino, previendo ya la próxima irrupción y aun inundación de los danesas que amenazaba á Inglaterra, convinieron en reconocer por heredero presuntivo de la corona al infante que la Reina traía en sus entrañas, juráronle fidelidad, y antes de haber nacido le prestaron la obediencia,

obligándose á reconocerle por su legítimo soberano. Luego que salió á la luz del mundo, se vio precisado á refugiarse en Normandía con toda la familia real, para evitar el furor de los daneses.

Todo el tiempo que duró la educación que se le dio en aquel destierro se observó que con la inocencia de las costumbres iba creciendo en el tierno príncipe el horror al vicio y el amor á la virtud, aun antes de tener edad para conocer su mérito y su valor.

Murió su padre, y quitó la vida á sus dos hermanos la barbaridad de los daneses y el artificio de Godubin, uno de los principales señores de Inglaterra, que todo lo llenaban de fuego y sangre; por lo que se halló Eduardo único heredero del reino usurpado y asolado por los dinamarqueses. Estaban despojadas las iglesias, arruinados los monasterios, y sólo se veía en el desgraciado reino una general disolución. Vivía en tiempo de estas calamidades públicas retirado en cierto monasterio un santo obispo llamado Brithubaldo, llorando amargamente los pecados de su nación, cuando tuvo un sueño que le llenó de consuelo. Parecióle que veía al Apóstol San Pedro que unguía por Rey al joven príncipe Eduardo, estando éste á sus pies, y que le pronosticaba reinar en paz, siendo la felicidad de sus vasallos, á quienes había castigado Dios con aquella inundación de bárbaros.

Subió, en fin, al trono de su padre, después de la muerte del usurpador Canuto y de sus hijos, restituyendo luego á sus Estados la antigua felicidad que habían desterrado de ellos tantas turbaciones. Ante todas cosas reparó las iglesias que los enemigos habían saqueado ó arruinado, edificó otras nuevas, fundó muchos monasterios, y mandó se restituyesen las posesiones usurpadas á los que ya estaban fundados, siendo

dictamen suyo que el medio más seguro para que floreciese el Estado era hacer que floreciese la religión; **por lo que solía decir que el bien público de la monarquía estaba inseparablemente ligado al mayor bien de la Iglesia.**

Movidos todos los grandes del reino del deseo de ver perpetuadas en una larga sucesión las ilustres virtudes de un Monarca, que era las delicias de Inglaterra, le apuraban para que se casase, con el piadoso fin de lograr un sucesor á la corona que fuese descendiente de tan santo Rey, porque ignoraban que éste había hecho voto de perpetua castidad. Lleno Eduardo de confianza en el Señor y en la particular protección de la santísima Virgen, á quien honró y amó toda la vida como á su querida madre, quiso dar este consuelo á sus vasallos, sin faltar á la fidelidad que debía á Dios. Habíale destinado el Cielo una esposa con todas las prendas dignas de una gran reina, la cual desde su infancia había resuelto conservar su virginidad, prefiriendo el augusto título de esposa de Jesucristo al de madre de uno de los mayores reyes de la Tierra. Era esta ilustre princesa Editha, hija del conde Godubin, el señor más poderoso y más rico de Inglaterra. Informado Eduardo de su rara virtud, consintió en casarse con ella, y se celebró la boda con alegría universal de los pueblos y con magnificencia verdaderamente real. No vio el mundo más dichoso ni más santo matrimonio. Había confiado el Rey á la Reina anticipadamente el voto que tenía hecho, y la Reina le ganó el corazón haciéndole también reciproca confianza del que ella había ofrecido al Esposo de las vírgenes; de manera que los dos castos esposos conservaron, en medio de la corte y entre las licencias del matrimonio que fácilmente pudieron obtener, aquella preciosa y delicada flor que se aja hasta en la soledad, y aun en el sombrío retiro del más horroroso desierto.

Todos los días gastaba muchas horas delante del Santísimo Sacramentó, derramando su corazón en presencia de su Dios con tiernas y copiosas lágrimas. Asistiendo al santo sacrificio de la Misa, vio con los ojos corporales á Jesucristo en forma humana al tiempo que se elevaba la Hostia.

Dotóle Dios también con el don de profecía, y estando oyendo Misa en cierta ocasión vio desde allí la muerte del rey de Dinamarca, con la total pérdida de su armada naval, en que venía para hacer un desembarco en Inglaterra.

Ganó el corazón de todos con su dulzura y con su afabilidad, al mismo tiempo que su encendida caridad con todos los necesitados le mereció el glorioso título de tutor de huérfanos y padre de pobres. Después de dar audiencia horas enteras á todos los que se presentaban, y de asistir á las del despacho en el gabinete con sus ministros, ocupaba las demás en obras de misericordia, y la mayor parte de la noche en oración. Encontró un día en la calle á un pobre paralítico, cargóle en sus reales hombros y le llevó a la iglesia adonde el enfermo iba arrastrando. Premió Dios en el mismo instante un acto tan heroico de caridad, porque el paralítico quedó sano en aquel punto, y publicó por todas partes un milagro tan visible que pretendía ocultar la humildad del santo rey.

Su tesorero general dejó un día abierto el tesoro por inadvertencia, y cierto oficial, sin reparar que el Rey le estaba viendo, se aprovechó de la ocasión y hurtó una cantidad considerable. No le habló palabra el santo rey; pero volviendo el tesorero, y reconociendo el robo, suplicó á Su Majestad se sirviese mandar hacer una exacta pesquisa del delincuente. *No haré tal*, respondió el suavísimo monarca, *porque es natural que el que hurtó ese dinero tuviese más necesidad de él que yo; pero tú*

ten cuidado en adelante de que no sean tan fáciles semejantes rabos.

Fuera del abrasado amor que profesaba á Jesucristo y de la ternura con que amaba á la santísima Virgen, tenía particular devoción con San Juan Evangelista, uno de los principales protectores de la virginidad; y en virtud de esta devoción ofreció no negar nunca limosna á quien se la pidiese en nombre del glorioso Santo. Apareciósele un día él mismo, en figura de un pobre, que le pidió una caridad por amor de San Juan Evangelista. No se hallaba á la sazón con dinero el piadoso Rey; y, sacando del dedo un anillo, se le dio al pobre. Pocos días después apareció el Santo Apóstol á dos peregrinos ingleses, y los mandó que llevasen al Rey aquel anillo, asegurándole de su parte que sólo le faltaban seis meses de vida, y que al cabo de ellos él mismo vendría por él para llevarle á las bodas del Cordero.

Fueron aquellos seis meses una encendida renovación de fervor y un continuado ejercicio de virtudes y obras de misericordia. En fin, habiendo llegado el día pronosticado por el Santo Apóstol, que fue el 5 de Enero del año 1066, después de una corta enfermedad, habiendo recibido el Santo Rey los sacramentos, colmado de méritos entregó su inocente alma en manos de su Criador, entre el llanto general de toda Inglaterra, casi á los treinta y seis años de su edad y en el veintitrés de su reinado. Ningún príncipe fue jamás llorado ni con mayor sinceridad ni por más largo tiempo; llanto tan amargo como justo, que sólo le pudo enjugar el general concepto que se tenía de su santidad, y la confianza de los pueblos en su poderosa intercesión con el Señor, quien continuó glorificando á su siervo con multitud numerosa de milagros. No contribuyó poco al aumento de su culto el qué sucedió, pocos años después de su muerte, en presencia del rey Guillermo el Conquistador, primo del

Santo, de Lanfranco, Arzobispo de Conturbel, del clero y nobleza de Inglaterra. Obróle San Eduardo en favor de un Obispo que él mismo había presentado para el obispado, á quien sin razón querían deponer. Acudió el prelado á la protección del Santo Rey, y fijando su cruz sobre la losa de la sepultura del Santo, que era de mármol, se entró por ella como pudiera por el más blando y tierno barro. Con esta ocasión hizo el Rey Guillermo que se encerrase el ataúd en una caja de oro y de plata. Se elevó el santo cuerpo de la tierra treinta y seis años después de su muerte, hallándose tan entero y tan fresco, con todos los miembros tan flexibles como si estuviera vivo, y con los vestidos tan nuevos como si se los acabaran de poner. Desde entonces comenzaron los ingleses á instar incesantemente á la Silla Apostólica para que le declarase culto público, lo que lograron en fin, habiéndole canonizado solemnemente, con todas las formalidades necesarias, el Papa Alejandro III el año de 1161, á instancias de Enrique II, rey de Inglaterra; y el Papa Inocencio XI fijó su fiesta el día 15 de Octubre, en el cual se había hallado entero su cuerpo exhalando una exquisita fragancia.

SANTOS DANIEL Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

Fn la ciudad de Ceuta del imperio de Marruecos padecieron por la fe siete frailes menores italianos el año 1227, un año después de la gloriosísima muerte de San Francisco. Llamábanse Daniel, Ángel, Samuel, Donuló, León, Nicolás y Ugolino. Estos santos religiosos, obtenido permiso del que era entonces vicario general de la Orden, Fr. Elias, vinieron de Toscana á España. Llegaron á Tarragona, en cuyas costas estuvieron buscando nave para pasar á África. Fray Daniel, que era el prelado, varón de eminente santidad y doctrina, y ministro de la provincia de Calabria, no halló disposición más que para llevar consigo tres religiosos, y,

embarcándose con ellos, dijo á los otros que aguardasen para ir en otro navío. Llegado á Ceuta, mientras llegaban los que se quedaron acá, predicaban él y sus compañeros á los mercaderes de España y de otros reinos que había en aquella ciudad. Cuando los de acá se le juntaron en Ceuta, que fue el día último de Septiembre, todos unánimes con gran fervor y celo por la salvación de las almas, echando fuera el temor de la muerte, comenzaron á prepararse para el martirio, y á tratar entre sí cómo podrían llegar á tan alta corona. Habiéndose, pues, preparado con larga oración y con los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, un domingo muy de mañana de improviso entraron en la ciudad, y por todas las calles y plazas iban diciendo en alta voz que en sólo Jesucristo hay salvación eterna.

Juzgando los moros la generosa acción de los insignes minoritas por un atentado criminal, llovieron desde luego sobre nuestros Santos bofetadas y otras gravísimas injurias de aquella gente, y los presentaron á su Rey. **Allí con nuevo fervor siguieron publicando la fe de Jesucristo y la falsedad de la ley de Mahoma, la cual habían ellos de dejar si querían salvarse.** El Rey y los de la corte, viendo en su traje tanta pobreza, los tuvieron por locos; y por la osadía que habían tenido de hablar contra su Profeta los mandó poner en una cárcel muy áspera y cargarlos de prisiones; allí estuvieron ocho días pasando grandes vejaciones y trabajos.

En este tiempo escribieron una carta al P. Hugo, sacerdote y vicario de los genoveses, y á otros religiosos, y á los demás seculares que allí se hallaban. En ella, después de dar gracias á Dios nuestro Señor por la fortaleza y consuelo que de El recibían en aquella tribulación, les referían el motivo de su carcelaje, y cómo los tuvieron por locos, y cómo esperaban que el Señor aceptaría sus vidas en sacrificio de la confesión de su fe.

El domingo siguiente, á 10 de Octubre, á las diez de la mañana, sacaron de la cárcel á los benditos religiosos y los llevaron delante del Rey. **Allí fueron diligentemente examinados por los oficiales de justicia, y preguntados si les pesaba de lo que habían dicho contra Mahoma y su ley. Ellos entonces, con nueva firmeza, dijeron que no; antes volvían á afirmar que la ley de Mahoma no era ley de salvación, sino de condenación perpetua, y que ninguno podía salvarse sin recibir la fe de nuestro Señor Jesucristo y bautizarse como Él lo había mandado.**

Entonces los moros, tomando consejo cómo los convertirían á su ley, determinaron llamarlos á cada uno de por sí, y con promesas y amenazas combatirlos, y, si no pudiesen convencerles, que luego fuesen muertos. Salióles mal esta traza; con la fortaleza del Señor despreciaron estos siervos suyos los regalos y los castigos, y mostraron que les sería deleitosa la muerte padecida por tan buena causa.

El juez, oyendo esto, los sentenció á muerte. Los religiosos entonces se llegaron al Santo Fr. Daniel, su padre y pastor, y le besaban las manos y le daban gracias porque les había traído á tan buen lugar, y cada uno de ellos decía: *Padre, dame tu bendición y licencia para que entregue mi cuerpo á la muerte por amor de Jesucristo y mi alma siga á la tuya para los cielos.* Y el Santo Fr. Daniel, cayéndosele las lágrimas, les bendecía y alababa á nuestro Señor que por sola su bondad los había llamado á tan alta corona, y decía: *Alegrémonos todos mucho en el Señor, y démosle gracia por este día de fiesta que nos da; porque los ángeles están en nuestra ayuda, y la puerta del Paraíso nos está abierta, y hoy todos juntos nos veremos entre las coronas de los mártires en la Gloria.* No tardaron los ministros de justicia en desnudarlos y atarles las manos, para llevarles á voz de pregón desde la casa del Rey hasta el sitio

donde ajusticiaban á los malhechores fuera de la ciudad. Iban los gloriosos mártires con grande alegría, seguros del banquete eterno que les tenía Dios preparado, y con la misma dieron el cuello al verdugo.

Después de degollados, no contentos con esto los moros, les despedazaron las cabezas y los cuerpos y los arrastraron por la ciudad con grande algazara, como en venganza de su Profeta. Túvose por cosa de milagro que pudieran salvarse algunas de sus reliquias, las cuales fueron honrosamente sepultadas en el barrio de los genoveses, písanos y marselleses, obrando nuestro Señor por intercesión de sus siervos grandes maravillas. La memoria de estas reliquias se perdió con el tiempo, quedando sólo viva la de su martirio, que pasó á la letra, como hemos dicho, el día 10 de Octubre, aunque el Martirologio Romano hace memoria tal día como hoy. León X concedió á la Orden de San Francisco, en el año 1516, que celebrase á estos santos mártires fiesta solemne de doble mayor. Fr. Juanetin Niño advirtió que en el Breviario de la santa iglesia de Braga anda errada el número de los años en que los santos mártires padecieron, y que donde dice en la era de 1221 debe decir 1227 años. De la traslación que de estas reliquias se supone hecha en España por un infante de Portugal dice el mismo historiador que no queda memoria cierta en los libros de la Orden.

La Misa es en honor de San Eduardo, y la oración la que signe.

iOh Dios, que coronaste en la Gloria eterna al bienaventurada Eduardo, tu confesor! Suplicámoste nos concedas le veneremos de tal manera en la Tierra que merezcamos reinar con él en el Cielo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 31 de la Sabiduría.

REFLEXIONES

Toda la Iglesia de los santos publicará sus limosnas. Esta es la materia del más magnífico elogio que se puede hacer de un grande. Dan verdaderamente las limosnas un título de mucho esplendor. No hay prueba mayor de una grande alma, de un gran fondo de religión, de un corazón noble, generoso y compasivo, de un espíritu cabal, de un entendimiento derecho, bien puesto y superior á todas, las pasiones, de unas inclinaciones enteramente cristianas, que esta caritativa liberalidad. La dureza con los pobres siempre es efecto de una alma baja, de un corazón duro y apretado, de un ánimo poco cristiano, y de un entendimiento mediano, limitado y verdaderamente vulgar; casi estaba por decir que también es señal de reprobación. No parece que puede ser liberal con Dios el que es tan escaso con los pobres. Suélese atribuir la inconstancia en la prosperidad á mil accidentes que ciertamente no han tenido parte en ella. La causa más común de esos reveses, de esas revoluciones de fortuna, suele ser la dureza de los ricos con los necesitados. Si se niegan á Dios los intereses, ¿qué maravilla que nos despoje del principal? Los fondos que han sido mal administrados por los padres no se confían después á los hijos. Si se cierran los canales por donde ha de correr el agua, presto se divertirá hacia otra parte. ¿Quieres fijar esa brillante, esa floreciente fortuna? ¿Quieres que sean por largo tiempo hereditarias esas posesiones, esas rentas? ¿Quieres asegurar la abundancia en tu familia? Pues sé rico, sé liberal, sé magnífico en limosnas. No hay título más seguro de prosperidad que la subsistencia de los pobres. Sus bendiciones conjuran las tempestades. Interésase el mismo Dios en el bien que se hace á ellos. Todo lo que se les da se pone á lucro. Ni tu habilidad ni tus próvidas

disposiciones! asegurarán los bienes á tus hijos: más fuerza, más virtud tienen para eso las limosnas que todas las escrituras y todos los contratos.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas.

MEDITACIÓN

Que no se debe dilatar ni un solo día la conversión.

PUNTO PRIMERO.— Considera que, por arreglado que uno sea en su conducta, siempre tiene que reformar; fáltanle muchas virtudes que adquirir, réstale mucha penitencia que hacer. No hay persona que no tenga necesidad de convertirse; tampoco la hay que durante el tiempo de su vida no tenga alguna, vez el pensamiento dé convertirse á Dios con toda el alma; y menos que no quiera morir después de perfectamente convertida. De aquí nacen aquellos proyectos de conversión para en adelante, aquel plan de vida cristiana que se suele formar en medio de los mayores desórdenes. Para convertirse son menester tres cosas: tiempo, voluntad y gracia. Aunque se dilatara la conversión no más que un solo día, ¿quién nos ha dicho que tendremos ese solo día para convertirnos? Y aunque llegue ese solo día, ¿quién nos asegura que entonces tendremos más voluntad de convertirnos que ahora? Y dado caso que nos hallemos entonces con mejor voluntad que al presente, ¿por qué revelación sabemos que la gracia de entonces será más eficaz que aquella á que hemos resistido hasta aquí? En medio de eso, éste es el cimiento en que se funda el edificio imaginario de una conversión quimérica. ¿Puede haber fundamento más débil, ni condición más expuesta, ni proyecto menos prudente, ni suceso más arriesgado?

PUNTO SEGUNDO.— Considera que hay durante la vida ciertos momentos que son felices, en los cuales, á favor

de no sé qué ilustración interior, se descubren de repente tantos defectos en las criaturas, tanto vacío en todos los bienes criados, y se siente tanto disgusto del mundo, que sin libertad se confiesa que es insensatez todo lo que no sea servir á Dios. Sobra entendimiento para rendirse á las razones que convencen ser necesaria la conversión; pero falta generosidad para resistir á las pasiones que tiranizan el alma. Ingenioso siempre el amor propio para perdernos, encuentra un temperamento entre estos dos partidos; satisface á la razón conviniendo en que es necesaria la conversión, y se acomoda con la cobardía ó con la irresolución, dilatando la conversión para otro tiempo; y con esta dilación nos pone en evidente peligro de no convertirnos jamás. ¡Qué cosa hay más incierta que el tiempo! Innumerables fueron sorprendidos por la muerte en la misma víspera de su conversión. ¡Oh, y qué cosa tan triste es morir con sólo el ánimo de convertirse en adelante! No lo quisiste hacer cuándo Dios te solicitaba, cuando eran menores los estorbos, cuando no estaban tan apretados los lazos, cuando los malos hábitos no tenían tantas fuerzas: ¿cómo puedes prudentemente esperar que lo querrás y que lo harás cuando se hayan multiplicado todos estos impedimentos, cuando estén más inveterados los hábitos, y cuando Dios esté cansado de tu terquedad y de tu resistencia?

¡ Ah, Señor, convencido estoy de que no hay otra conversión que la que se hace en el día! Desde hoy mismo estoy resuelto á convertirme; dadme gracia para hacerlo así, porque, si no me convierto hoy, corro mucho peligro de no convertirme jamás.

JACULATORIAS

Sí, Dios mía, en esta misma hora me quiero convertir.—*Ps. 76*

No, Señor, nunca dejaréis de recibir benignamente á un corazón verdaderamente contrito y humillado.—Ps. 50.

PROPÓSITOS

1. Lisonjéese en buen hora uno así mismo con las mejores esperanzas, parézcale en buen hora que tiene la más verdadera voluntad de convertirse, dilatar un solo día la conversión es verdaderamente no quererse convertir. Clámese cuanto se quisiere contra está proposición, no la hay más verdadera. No quieras hacer en ti mismo la experiencia; antes bien, sigue el consejo del Profeta.

2. Antes que se pase este mismo día haz que se vean en ti algunos efectos de esta resolución. Prívate de ese juego, apártate de esa compañía, retírate de esa casa, no veas más á esa persona. Separa hoy mismo una parte de esa cantidad que debes restituir, notando que es parte de mayor cantidad que estás debiendo á Fulano. Si tienes necesidad de hacer confesión general, comienza desde luego á escribirla; da principio reformando la profanidad y esas galas demasíadamente mundanas.